EDITH STEIN, DE LA FILOSOFÍA AL MARTIRIO.*

R.P. Dr. CORNELIO FABRO

No existen dudas sobre el triste final de esta insigne figura de pensadora, asistente de HusserI, aunque aún desconocemos los últimos detalles de esta enésima crueldad de la "idolatría de la raza" contra la natural igualdad de los hombres y su divina hermandad en Cristo. Actualmente, el Carmelo "María de la Paz" de Colonia, que la recibió como postulante en el año 1933 y dónde ella emitió su profesión religiosa en 1935, ha recogido con piadosa rapidez las memorias y los testimonios de quienes trataron con ella en las distintas etapas de su vida: en la rígida disciplina de una familia judía, en los estudios inferiores, en la universidad, en los primeros años de su conversión, en la vida religiosa y en las etapas de su último viaje hacia el martirio.

Esta radiante corona de flores blancas y purpúras ha sido entrelazada por quien es la actual priora Renata del Espíritu Santo (*Edith Stein, Lebensbild einer Philosophin und Karmeliten*, Bei Glock und Lutz in Nuernberg, 1948) en su momento seguidora de nuestra hermana Teresa de la Cruz, quien mejor que nadie pudo recoger los rasgos interiores de esta alma abrazada por la sed de la verdad que se ofreció como sacrificio para apartar de su pueblo la cólera divina.

El itinerario terrenal de Edith Stein representa el desarrollo acabado de una aspiración única, profunda, radical, de la cual estuvo poseída su alma ya desde niña, y que por un oculto impulso transformaba las circunstancias exteriores en estímulos de un acercamiento cada vez más íntimo a la verdad. Stein nunca practicó la religión de sus padres en su juventud pasada en Breslavia, su ciudad

---

* Tomado de CORNELIO FABRO, *Momenti dello Spirito*, Ed. Sala Francescana di Cultura, Asís 1982, vol. I, p. 234 (artículo del año 1949).

natal, aunque acompañó de buena gana, por filial piedad, a la sinagoga a su venerable madre, de quien fue la última y predilecta hija.

Así la primera etapa fue el ateísmo, entendido como ausencia del problema religioso. La primera impresión fuerte del Absoluto le vino a través de la filosofía, en Gottinga, en la escuela del fundador de la fenomenología, Edmund Husserl. Es sintomático el gran número de conversiones producidas en el entorno universitario que gravitó alrededor de Husserl. Sin hablar de Max Scheler (son bien conocidos los percances de este espíritu profundo e inquieto), se pueden mencionar también a Adolf Reinach, convertido junto a su esposa y a su hija, y luego muerto heroicamente en la guerra de 1917; a Hamburger, que abrazó la vida religiosa; a Dietrich von Hildebrand, que se inscribió en la Tercera Orden Franciscana; a A. Koyré, que junto a su esposa recibieron más tarde el bautismo; y también a Erika Gothe. También la "riqueza" de Dios surgió en Stein como conclusión de la búsqueda integral de la verdad escuchada anunciar por su maestro, quien a pesar de la penetración como investigador de las esencias no logró abarcarlas. Al severo método de Husserl se deben los graduales conocimientos alcanzados en este alma virginal sobre el problema de Dios, sin efectos repentinos, pero también sin infidelidad, como atraída por progresivas irradiaciones de un mismo hilo de luz que crecía en cada etapa. Y con esta conciencia, la fidelidad a esta revelación interior: una fidelidad que llevó a Stein a la aceptación incondicional de la Cruz, presentida por ella desde sus primeros pasos en la fe. Ante el anuncio que Edith da a su desolada madre: "Mamá, ya soy católica", aquella noble figura de mujer que llevara sola el peso de la educación de sus siete hijos, estalla por la primera vez en llanto, y madre e hija mezclan juntas sus lágrimas en un mudo e incomunicable dolor.

Como todos los espíritus profundos, Edith fue atrapada por el íntimo lenguaje de la liturgia católica. Hasta su entrada al Carmelo, todos los años iba a Beuron para seguir la liturgia de la Semana Santa, y el archiabad de Beuron, don Raffaele Walzer, fue su primer padre espiritual. Espíritu fuertemente especulativo, fue atraído por Santo

Tomás de Aquino, a quién estudió a fondo, extrayendo de él, con intuición segura, los valores perennes que insertó con valiente propósito dentro de las exigencias del pensamiento husserliano. Documento insigne de sus actividades científicas son las conferencias que Edith dio en muchos congresos culturales: como en Salzburgo, dónde impresionó intensamente al arzobispo monseñor Waitz, y en Juvisy, París, en el 1937, en un congreso dedicado al estudio de la fenomenología, dónde a un cierto punto, con una competencia y modestia que entusiasmaron a todos, tomó en sus manos las riendas de la discusión. Su predilección por el Doctor Angélico se dirigió sobre todo al problema del conocimiento, al que dedicó un agudo artículo en un volumen homenaje que los discípulos ofrecieron a Husserl por su septuagésimo cumpleaños (1929). Su traducción alemana del De Veritate asombró a los expertos por la penetración de los sentidos más recónditos de un texto arduo, así como por la lograda aproximación de los términos tomistas a la escuela fenomenológica.

Ya convertida en religiosa, sus superiores, conscientes del excepcional don hecho por la Providencia al Carmelo, le exigieron que continuara sus estudios de investigación. Fruto de este segundo período de su actividad científica son algunos ensayos de metafísica pura y un original análisis de la doctrina mística de San Juan de la Cruz. Su actividad de magisterio fue muy variada y obtuvo gran reconocimiento público en el 1932, con su nombramiento como docente en el instituto Superior de Pedagogía científica de Muenster, del cual fue echada tan solo un año más tarde (su última clase fue el 25 de febrero de 1933) por las drásticas medidas antisemitas del gobierno nazi.

Edith se encontraba, después de todo, ante su entrega a Dios. Las estudiantes pensionistas que vivían con ella en el Marianum de Muenster la recuerdan como una aparición de suavidad y fortaleza: fuerte en padecer todo género de privaciones, hasta de las comodidades más indispensables; gentil y pronta para ayudar en todo, incluso en los gestos pequeños e inocentes, como cuando llevó fruta a las estudiantes que habían salido de paseo, o cuando regaló su frazada a un pobre que

no tenía con qué cubrirse. De espíritu al mismo tiempo delicado y fuerte, se daba cuenta enseguida del sufrimiento ajeno y sabía encontrar el camino justo para la caridad del consuelo. No asombra por eso leer en los testimonios de las pensionistas la convicción conmovida de que "Fraulein Dr. Stein fue realmente una santa, un alma toda de Dios" Ellas, así como también la superiora de las dominicas de Colonia que la tuvo como profesora, testimonian que la insigne docente estudiaba y rogaba en su cuarto hasta altas horas de la noche, y era también la primera de las monjas en llegar a la capilla por la mañana, quedándose luego inmóvil y recogida en el reclinatorio durante tres misas consecutivas.

Sus hermanas de religión la recuerdan por la sencillez y humildad: tanto se negó a sí misma al entrar al claustro, que prácticamente nadie se percató de su formación superior y de las cualidades excepcionales de su ingenio. Aunque muy ocupada todavía en los estudios y en la escuela interior del convento, estaba pronta para los trabajos más humildes, incluidos los de cocina dónde sus resultados fueron bastante mediocres... la batalla que había declarado a su "yo" no tuvo descanso, y fructificó en las flores más resplandecientes de caridad y humildad. El desaliento doloroso que castigó primero a la comunidad de Colonia y luego a la de Echt en Holanda que la acogió prófuga, cuando la vieron arrojada de su propio nido, testimonian el atractivo que ella ejerció con su total dedicación. Consciente, desde la primera llegada de Hitler al poder, de la terrible tempestad que se cernía sobre su pueblo, se ofreció víctima por su salvación y por su conversión a Cristo, y tuvo la alegría de tener cerca suyo, primero en la vida religiosa (como terciaria carmelita) y luego en el suplicio, a su hermana mayor, Rosa. Una respuesta suya, respecto de la vocación carmelita, nos revela su pasión por la Cruz: "No es la actividad humana la que pueda ayudarnos, sino la Pasión de Cristo: no deseo otra cosa que poderla abrazar".

La vida carmelitana le infundió una paz de espíritu, una plenitud de vida, una alegría de corazón indecible que se irradió sobre cuántos pudieron tratarla en raras ocasiones: llamaba la atención su aspecto

claro y juvenil, la dignidad de su sencillez, una caritativa amabilidad, una fraterna comprensión que ofrecen aquel gozo y aliento con que somos golpeados cada vez que en esta miserable existencia nos alcanza algún rayo del Bien infinito. Uno de los primeros testimonios de esto es el del archiabad de Beuron, que escribe: "Pocas veces he encontrado un alma que reuniera en un solo espíritu tantas y tan excelsas cualidades. Fue la sencillez y la espontaneidad en persona. Conservó toda su naturaleza femenina, el sentimiento de ternura - más bien materno - de no querer importunar nunca a nadie. Dotado de un espíritu místico en el verdadero sentido de la palabra, su comportamiento no tuvo nada de rebuscado ni de grave: fue simple con los simples, docta con los eruditos, sin ningún aire de superioridad, pero también buscadora con los que buscan, y añadiría: "una pecadora con los pecadores". Los pocos fragmentos de sus escritos espirituales y su correspondencia, salvados por casualidad de ser destruidos por el temor mal sugerido a futuras represalias, nos hacen vislumbrar la riqueza de la vida sobrenatural de esta alma quien, como Teresa de Ávila, sólo pedía "padecer o morir". Y tuvo las dos cosas.

En el verano del 1942, los S.S. la recogieron junto a su hermana Rosa del convento que las hospedaba, mientras esperaba de hora en hora el permiso de la policía para irse al Carmelo "Le Paquier" en Suiza, del que se había directamente preocupado el mismo Presidente de la Confederación judía; dr. Egger. Empezó el suplicio: primero en el campo vecino a Amersfort, en la Holanda del Norte; luego por Alemania, y finalmente en Polonia y en Auschwitz, donde debieron padecer privaciones y maltratos indecibles de los que las libró la benigna muerte, probablemente en la cámara de gas. En una breve carta a la Madre superiora, suor Benedicta escribe: «Una "Ciencia de la Cruz" solamente podemos adquirirla cuando logramos seguir a esa misma Cruz hasta el final. De eso, estuve persuadida desde el primer momento y he dicho de corazón: "Ave Crux, spes única"».

De estas piedras fulgentes de sangre se ilumina la Ciudad de Dios.